



A CONTRAPELO

SANTIAGO
GONZÁLEZ

Una defensa con chispa

Quiso el azar que en apenas 48 horas un juez en Valencia y otro en Madrid declaren vistas para sentencia dos causas: la que se vine siguiendo en la capital levantina contra **Francisco Camps** por un presunto delito de cohecho pasivo impropio, que hoy acaba, y la que durante los tres últimos días ha tenido sentado en el banquillo ante el Tribunal Supremo al magistrado **Baltasar Garzón**, titular que fue del Juzgado Central número 5 de la Audiencia Nacional, por un presunto delito de prevaricación.

Eran las seis menos cuarto en sombra de la

tarde cuando el presidente del Tribunal, **Joaquín Giménez**, pronunció las palabras rituales: «Se levanta la sesión. Pueden despejar la sala», después de agradecer su comportamiento a la Fiscalía, a la acusación particular, a la defensa del procesado y al público. También fue de agradecer el comportamiento del presidente. Estuvo correcto y flexible, reconvinó a Garzón en dos ocasiones, cuando éste se empeñaba en seguir su pugna con la acusación, recordándole que la última palabra no era para eso. También estuvo generoso al permitir que Garzón vistiera su toga con las puñetas, que son el símbolo de la jurisdicción que no tiene desde que fue suspendido.

Garzón estuvo disminuido, quizá por la afonía y el protagonista fue su abogado, **Baena Bocanegra**, que resultó más bien boquirrubio, chispeante y efectista en la descripción de las singularidades del caso, no menos que invocando la sangre de judicatura que corre por su venas. Su padre, que era juez, le decía: «Sin respeto a la Justicia no soy nada. Sin respeto a los jueces no se puede respetar

a la Justicia. Creo en la Justicia y creo en sus servidores. Creo en Baltasar Garzón».

«La acusación de prevaricación es lo que más hiere el corazón de un juez», dijo, con una expresión que se me antoja el núcleo central de su discurso, una exhibición sentimental fantástica, a la par que clásica, que en ocasiones rozaba la ordalía. El *buenismo*, ese

«Jamás ha dicho a sus 'hooligans' que renunciaba a su apoyo si no dejaban de llamar 'fascista' al TS»

concepto que nos ha alimentado durante los últimos ocho años tiene su origen, tal como apuntó **Valentí Puig**, en la expresión *bleeding heart* (corazón sangrante) que acuñó el columnista **Westbrook Pegler** en el *Chicago Tribune* hace la tira: el corazón herido de Bal-

tasar Garzón. La herida sangró copiosamente algo después: «Cuando juzgamos a un juez estamos juzgando a la Justicia». ¿También con el juez **Estevill**? Algo más enigmático se puso al recurrir para la cita a la sabiduría popular en el terreno religioso: «Si empezamos el Credo por **Poncio Pilatos**, el crucificado ya sabemos quién es». Desde un riguroso agnosticismo, uno tiende a creer que empiece el señor Baena el Credo por donde quiera, el crucificado, al final, viene a ser el mismo.

Tuvo el defensor el gesto final de avalar los buenos sentimientos de su patrocinado hacia los jueces: «El señor Garzón confía en ustedes». Jamás ha dicho a sus *hooligans* que no estaba dispuesto a admitir su apoyo si no dejaban de llamar *fascista* al Tribunal Supremo. Por esa confianza les ha recusado a todos, le faltó añadir: para ahorrarles este trago. Su propio defendido lo había desmentido la víspera en declaraciones a *El País*: «Estoy ante el pelotón de fusilamiento y he pedido que me quiten la venda de los ojos para mirar de frente», otro despelote sentimental.